

392.

BELERMA RECIBE NUEVAS DE LA MUERTE  
DE DURANDARTE. — VII.

(Anónimo.)

En Francia estaba Belerma  
Alegre y regocijada,  
Hablando con sus doncellas  
Como otras veces usaba.  
Dice y afirma jurando,  
Entre todas levantada,  
Que se juzga ciertamente  
La mas bienaventurada  
De las damas de su tiempo,  
Y cualquier edad pasada,  
Pues la sirve Durandarte,  
Galan muy digno de fama,  
Mas gallardo y gentil hombre,  
Que cuantos ciñen espada.  
Mas temiendo no la arguyan  
Que habla de apasionada,  
Dice con rostro sereno  
Y con la voz fatigada:  
— Nadie entienda qu' esto digo  
Por estar enamorada,  
Que cierto, que no le viendo,  
En viéndole lo juzgara.  
Nunca aviso y gentileza  
Tuvieron una posada  
Como a queste que la tiene  
En lo mejor de mi alma! —  
Y diciendo estas razones  
Cayó en tierra desmayada;  
Mas volviendo en sí Belerma  
D' esta manera hablaba:  
— ¿Qué es aquesto, amigas mías?  
¿Algun mal se me acecaba;  
Que nunca mi corazon  
Aquestas muestras me daba,  
Sin que luego ciertamente  
Me acuda alguna desgracia! —  
Volvió sus ojos Belerma,  
Que mil perlas destilaban;  
Vió venir á Montesinos  
De la infelice batalla.  
Con el rostro mustio y triste  
La color desemejada,  
Trae escrito en su semblante  
La nueva que reportaba.  
Llegó donde está Belerma;  
De rodillas se postraba;  
Quiere hablar y no acierta,  
Y cuando acierta no osaba;  
Mas al fin con poco aliento  
Dice con la voz turbada:  
— ¡Nuevas te traigo, señora,  
Que son de grande desgracia!  
— Primero que me las digas;  
La dama le replicaba,  
¿Qué es de tu querido primo?  
¿Dónde está? ¿Cómo quedaba?  
— Muerto queda, mi señora,  
Debajo una verde haya:  
Veis aquí su corazon;  
Yo mismo se lo sacara,  
Porque al punto de la muerte  
La palabra me tomara,  
Porque vieses tú, señora,  
Cuánto dél eras tú amada,  
Y porque aves ningunas,  
Indignas de tal vianda,  
No comiesen corazon  
Donde estabas tú fijada,  
Al cual podrás hacer honra  
Que él en vida deseaba.

(Floresta de varios Romances.)

393.

BELERMA LLORA LA MUERTE DE DURANDARTE. — VIII.

(De Lucas Rodriguez.)

Sobre el corazon difunto  
Belerma estaba llorando  
Lágrimas de roja sangre,  
Que las de agua hicieron cabo.  
El cabello de oro fino  
De mesarle enerizado,  
Las manos hechas un fiudo,  
El cuerpo todo templado.  
Cuando vió aquel corazon,  
Estando en él contemplando,  
De nuevas gotas de sangre  
Estaba todo bañado.  
— ¡Corazon de mi señor  
Durandarte, muy preciado,  
En los amores dichoso  
Y en batallas desdichado:  
Quien os trajo ante mis ojos,  
Tanta crueldad usando,  
No debía de saberlo.  
¡Corazon que estás clavado  
Con aqueste triste mio,  
Yo te pagaré llorando! —  
Así se quedó Belerma,  
Vencida de un gran desmayo.

(Rodriguez, Romancero historiado. — It. Floresta  
de varios Romances.)

394.

BATALLA CONTRA MARSIN.

(Anónimo 1.)

Domingo era de Ramos,  
La Pasion quieren decir,  
Cuando moros y cristianos  
Todos entran en la lid.  
Ya desmayan los franceses<sup>2</sup>,  
Ya comienzan de huir,  
¡Oh cuán bien los esforzaba  
Ese Roldan paladin!  
— ¡Vuelta, vuelta, los franceses,  
¡Con corazon, á la lid!  
¡Mas vale morir por buenos,  
¡Que deshonrados vivir! —  
Ya volvan los franceses  
Con corazon á la lid;  
A los encuentros primeros  
Mataron sesenta mil.  
Por las sierras de Altamira  
Huyendo va el Rey Marsin,  
Caballero en una cebra,  
No por mengua de rocin.  
La sangre que dél corria  
Las yerbas hace teñir;  
Las voces que iba dando  
Al cielo quieren subir.  
— ¡Renege de tí, Mahoma<sup>3</sup>,  
Y de cuanto hice por tí!  
Hicete cuerpo de plata,  
Piés y manos de un marfil;  
Hicete casa de Meca  
Donde adorasen en tí,  
Y por mas te honrar, Mahoma,  
Cabeza de oro te fiz.  
Sesenta mil caballeros  
A tí te los ofrecí;  
Mi mujer la reina mora  
Te ofreció otros treinta mil.

(Cancionero de Romances.)

<sup>1</sup> Puede ser este romance solo un fragmento, ó quizá uno entero de serie mas completa. Las trovas que de él se hicieron prueban su mucha popularidad. Aunque parece que se falsean

un tanto las tradiciones de la batalla de Roncevalles, pues en el romance aparece fugitivo el rey Marsin, y los franceses vencedores, no es así; porque tambien se cuenta que rehechos estos, por un momento, llevaban derrotados á los moros, aunque despues tomaron á ser vencidos. Las maldiciones que el rey moro produce contra Mahoma, al verse vencido, y la situacion en que aquí se ve, se hallan varias veces en los poemas y crónicas caballerescas de esta seccion de romances, que en ellas tomaron sus asuntos.

<sup>2</sup> Desde este verso hizo Diego Zamora la trova que dice: *Ya desmayan mis servicios.* (Cancionero de Romances, folio 252.)

<sup>3</sup> En el Cancionero de Romances, folio 246, hay una trova de amor hecha por Diego de Sant Pedro, que dice: *Renege de tí, mor;* y está formada desde el indicado verso: *Renege de tí, Mahoma.*

395.

MUERTE DE DON BELTRAN EN RONCESVALLES. — X.

(Anónimo 1.)

En los campos de Alventosa  
Mataron á Don Beltran,  
Nunca lo echaron ménos  
Hasta los puertos pasar.  
Siete veces echan suertes  
Quién lo volverá á buscar;  
Todas siete le cupieron  
Al buen viejo de su padre;  
Las tres fueron por malicia,  
Y las cuatro con maldad.  
Vuelve riendas al caballo,  
Y vuélveselo á buscar  
De noche por el camino,  
De dia por el jaral.  
Por la matanza va el viejo,  
Por la matanza adelante;  
Los brazos lleva cansados  
De los muertos rodear:  
No hallaba al que buscaba,  
Ni menos la su señal,  
Vido todos los franceses  
Y no vido á Don Beltran.  
Maldiciendo iba el vino<sup>2</sup>,  
Maldiciendo iba el pan,  
El que comian los moros,  
Que no el de la cristiandad:  
Maldiciendo iba el árbol  
Que solo en el campo nasce,  
Que todas las aves del cielo  
Allí se vienen á asentar,  
Que de rama ni de hoja  
No lo dejaban gozar:  
Maldiciendo iba el caballero,  
Que cabalgaba sin paje;  
Si se le cae la lanza  
No tiene quien se la alce,  
Y si se le cae la espuela  
No tiene quien se la calce:  
Maldiciendo iba la mujer  
Que tan solo un hijo pare;  
Si enemigos se lo matan  
No tiene quien lo vengar.  
A la entrada de un puerto,  
Saliedo de un arenal,  
Vido en esto estar un moro  
Que velaba en un adarve:  
Hablóle en algarabía,  
Como aquel que bien la sabe  
— Por Dios te ruego, el moro,  
Me digas una verdad:  
Caballero de armas blancas  
Si lo viste acá pasar,  
Y si tú lo tienes preso,  
A oro lo pesarán,  
Y si tú lo tienes muerto,  
Démelo para enterrar,  
Pues que el cuerpo sin el alma  
Solo un dinero no vale.

— Ese caballero, amigo,  
Dime tú qué señas trae.  
— Blancas armas son las suyas,  
Y el caballo es alazan,  
En el carrillo derecho  
El tenia una señal,  
Que siendo niño pequeño  
Se la hizo un gavilán.  
— Este caballero, amigo,  
Muerto está en aquel pradal;  
Las piernas tiene en el agua,  
Y el cuerpo en el arenal:  
Siete lanzadas tenia  
Desde el hombro al calcañal,  
Y otras tantas su caballo  
Desde la cincha al pretal.  
No le dés culpa al caballo,  
Que no se la puedes dar;  
Siete veces lo sacó  
Sin herida y sin señal,  
Y otras tantas lo volvió  
Con gana de pelear.

(Cancionero de Romances.)

<sup>1</sup> Este romance y los siguientes, que tratan de los sucesos de la batalla de Roncevalles, segun la crónica de Turpin, se han separado de los de Bernardo del Carpio, que versan sobre lo mismo. Los de este héroe español se colocan entre los históricos de la época de Alfonso II de Leon, el Casto. — El romance pertenece á los de tradicion oral, y acaso al segundo tercio del siglo xv.

<sup>2</sup> Desde aquí hasta *No tiene quien lo vengar*, es un trozo copiado del que dice: *Asentado está Gayferos.*

396.

AL MISMO ASUNTO. — XI.

(Anónimo 1.)

Un gallardo paladin,  
Aunque invencible, vencido,  
De Francia quinto Delfin<sup>1</sup>,  
Cercano al último fin  
Dice hallándose rendido:  
— Cuando allá en Francia nos vimos  
Haciendo del mundo ultraje,  
Muchas promesas hicimos,  
Y entre otras cuando partimos  
Hicimos pleito homenaje  
De abatir el estandarte  
De Bernardo el castellano,  
Y asolar por toda parte  
Cuanto alcanzase la mano,  
Sin perdonar ni aun á Marte.  
Y porque memoria fuese  
Para los que dén ultraje,  
Hicimos pleito homenaje  
Que el que en la guerra muriese  
Dentro en Francia se enterrase.  
Pero por traicion guiados,  
No fuimos apercebidos,  
Antes súbito asaltados  
Por leones desatados,  
Con quien batalla tuvimos.  
Fortuna favorecióles  
Hasta el fin y postrer trance,  
Y en todo victoria dióles;  
Mas como los españoles  
Prosiguieron el alcance,  
No pudimos resistir  
Al impetu de Bernardo,  
Porque en matar y herir  
Y franceses destruir,  
No se nos mostraba tardo.  
El con faz serena y leda,  
Y nos con pena y afane,  
Dijo: « España, cierra, cierra,



Y así con la polvareda  
Perdimos á Don Beltrane.

(Romancero general.)

<sup>1</sup> Aunque la composición corresponde al *Cancionero*, por ser en coplas y no en romances, se coloca entre ellos porque pertenece su asunto á la batalla de Roncesvalles.

<sup>2</sup> Anacronismo escandaloso.

397.

AL MISMO ASUNTO.—XII.

(Anónimo.)

Quando de Francia partimos  
Hicimos pleito homenaje,  
Que el que en la guerra muriese  
Dentro en Francia se enterrase.  
Y como los españoles  
Prosiguieron el alcance,  
Con la mucha polvareda  
Perdimos á Don Beltrane.  
Siete veces echan suertes  
Sobre quién irá á buscalte;  
Todas siete le cupieron  
Al buen viejo de su padre.  
Las tres le caben por suerte,  
Las cuatro por gran maldade;  
Mas aunque no le cupieran  
El no se podía quedare.  
Vuelve riendas al caballo  
Sin que nadie le acompañe,  
Y con el dolor que lleva  
Les dice razones tales:  
—Volved á Francia, franceses,  
Los que amais la vida infame,  
Que yo por solo mi hijo  
Fuí con vosotros, ¡cobardes!  
No me lleva el juramento,  
Ni las suertes que falsastes;  
Que el amor y la venganza  
Bastaban para llevarme;  
Y pues él por el honor  
No se acordó de su padre,  
Yo quiero acordarme dél  
Y volver á Roncesvalles;  
Y si con vosotros pueden  
Juramentos y homenajes,  
No penseis que con mi muerte  
Del peligro os escapastes:  
Echá desde luego suertes  
Sobre quién irá á buscarme;  
Que yo no voy por el muerto,  
Sino á morir, ó vengalle.

(Romancero general.)

398.

ROLDAN ESPIRA VIENDO HERIDO Y FUGITIVO EN RONCESVALLES  
Á CARLO-MAGNO.—XIII.(Anónimo <sup>1</sup>.)

Por muchas partes herido  
Sale el viejo Carlo-Magno <sup>1</sup>,  
Huyendo de los de España  
Porque le han desbaratado:  
Los once deja perdidos,  
Solo Roldan ha escapado,  
Que nunca ningun guerrero  
Llegó á su esfuerzo sobrado,  
Y no podía ser herido  
Ni su sangre derramado.  
Al pié estaba de una cruz  
Por el suelo arrodillado:  
Los ojos vueltos al cielo,  
D'esta manera ha hablado:  
—Animoso corazón,

¡Cómo te has acobardado  
En salir de Roncesvalles  
Sin ser muerto ó bien vengado?  
¡Ay amigos y señores!  
¡Cómo os estaréis quejando  
Que os acompañe en la vida,  
Y en la muerte os he dejado!—  
Estando en esta congoja  
Vió venir á Carlo-Magno  
Triste, solo y sin corona,  
Con el rostro ensangrentado.  
Desde así lo hubo visto  
Cayó muerto el desdichado.

(Flor de nuevos y varios Romances, 3.ª parte.)

<sup>1</sup> Según la *Crónica de Turpin*, Carlo-Magno no se halló en esta batalla. Sin embargo el anacronismo del poeta da lugar á una situación grande, interesante y bella. El invulnerable paladin que no puede morir herido en la batalla, perece de dolor y pena al ver á su rey destrozado y vencido, y muertos á todos sus hermanos de armas. Vale más esta catástrofe que la inventada por los españoles, donde se supone á Roldan ahogado entre los brazos de Bernardo del Carpio, como lo fué Anteo por Hércules.

399.

MUERTE DE ROLDAN.—XIV.

(De Lucas Rodríguez <sup>1</sup>.)

Apartado del camino,  
Por un valle muy cerrado,  
Vi venir un caballero  
En un herido caballo.  
De la sangre que le corre  
Deja un lastimoso rastro;  
Una muerte por cimera,  
Y un crucifijo en la mano,  
A grandes voces diciendo  
Al crucifijo mirando:  
—¡Agora es tiempo, Señor,  
Que por tí sea remediado  
El ejército frances,  
Si no es del todo acabado!  
¡Mala la hubistes, franceses,  
Con el que dicen del Carpio,  
Pues que no hubo paladin  
Que le resistiese el campo!  
¡Qué es de tus famosos hechos  
De que el mundo está poblado?  
¡Qué es de tu fuerza encantada?  
¡Qué es de tu valor, Orlando?  
Los filos de Durindana  
No mellan al castellano,  
Ni este fuerte y duro acero  
Pudo resistir su brazo.—  
Estando en esta congoja  
Alzó los ojos Orlando,  
Y por una cuesta arriba  
Huyendo vió á Carlo-Magno,  
Solo, triste y sin corona,  
De sangre todo bañado,  
Y al dolor de verlo así  
Muerto cayó del caballo.

(RODRIGUEZ, Romancero historiado)

<sup>1</sup> Participa del mismo interes del que le precede. Uno y otro pueden considerarse como de la penúltima década del siglo XVI.

400.

DOÑA ALDA LLORA LA MUERTE DE ROLDAN.—XV.

(Anónimo <sup>1</sup>.)

En Paris está Doña Alda,  
La esposa de Don Roldan,  
Trescientas damas con ella  
Para la acompañar:  
Todas visten un vestido,

Todas calzan un calzar,  
Todas comen á una mesa,  
Todas comian de un pan,  
Si no era sola Doña Alda,  
Que era la mayoral.  
Las ciento hilaban oro,  
Las ciento tejen cendal,  
Las ciento instrumentos tañen  
Para Doña Alda holgar.  
Al son de los instrumentos  
Doña Alda adormido se ha:  
Ensoñado había un sueño,  
Un sueño de gran pesar.  
Recordó despavorida  
Y con un pavor muy grande,  
Los gritos daba tan grandes,  
Que se oían en la ciudad.  
Allí hablaron sus doncellas,  
Bien oiréis lo que dirán:  
—¡Qué es aquesto, mi señora?  
¡Quién es el que os hizo mal?  
—Un sueño soñé, doncellas,  
Que me ha dado gran pesar;  
Que me veía en un monte  
En un desierto lugar:  
Bajo los montes muy altos  
Un azor vide volar,  
Tras dél viene una aguililla  
Que lo afincaba muy mal.  
El azor con grande cuita  
Metióse so mi brial;  
El aguililla con grande ira  
De allí lo iba á sacar;  
Con las uñas lo despluma  
Con el pico lo deshace.—  
Allí habló su camarera,  
Bien oiréis lo que dirá:  
—Aquese sueño, señora,  
Bien os lo entiendo soltar:  
El azor es vuestro esposo,  
Que viene de allende el mar;  
El águila sedes vos,  
Con la cual ha de casar,  
Y aquel monte es la iglesia  
Donde os han de velar.  
—Si así es, mi camarera,  
Bien te lo entiendo pagar.—  
Otro día de mañana  
Cartas de fuera le traen;  
Tintas venian de dentro,  
De fuera escritas con sangre,  
Que su Roldan era muerto  
En la caza de Roncesvalles.

(Cancionero de Romances.)

<sup>1</sup> Tiene este romance todas las apariencias de antiguo, y está lleno de sencillez y candor.

401.

AL MISMO ASUNTO.—XVI.

(De Lucas Rodríguez.)

Quando la triste Doña Alda  
Supo el caso desastrado  
Y el dolorido suceso  
Que por su esposo ha pasado,  
Rompiendo las vestiduras  
Y sus cabellos mesando,  
Está la triste Condesa  
Bravamente sollozando,  
Lágrimas vivas ardientes  
Por su pecho derramando,  
Torciendo sus manos blancas,  
Su lindo rostro rasgando,  
Diciendo:—Querido mio,  
¿Dónde estás, mi esposo amado?  
¿Cómo vivirá sin tí  
Tu Doña Alda con descanso?

¿Dónde está tu valentía  
Y tu esfuerzo tan sobrado?  
De todos los paladines  
Eras defensa y amparo,  
Y entre toda la morisma  
Grande honra habies ganado;  
Que jamas fuiste vencido  
Ni caiste del caballo,  
Y pareceme que agora  
Todo esto te ha faltado,  
Puesto que así has sido muerto  
A manos de tu contrario,  
Y la culpa d'ello ha sido  
Aquel perverso malvado  
Del Emperador tu tío,  
De quien eras tú vasallo:  
¡Aqueste es el galardón  
Que te tuvo aparejado  
Después de muchos servicios  
Y trabajos que has pasado,  
Por sustentar su corona,  
Y prosperar mas su Estado!  
¡Oh falso, maldito viejo!  
Oh emperador Carlo-Magno,  
El alto Dios te destruya,  
Pues tanto mal has causado,  
Por tomar aquel consejo  
Que Galalon te habie dado!  
¡Murió mi esposo querido,  
Juntamente con mi hermano  
El esforzado Oliveros,  
Valiente, mozo y osado,  
Espejo de caballeros  
Y de virtudes dechado!  
¡Murieron todos los doce,  
Adonde murió mi Orlando!  
¡Murieron como valientes  
En el campo peleando  
Perdiendo todos las vidas,  
Eterna fama ganando!—  
Y diciendo estas razones  
Amortecida ha quedado.

(RODRIGUEZ, Romancero historiado.)

402.

EL ALMIRANTE GUARINOS.—XVII.

(Anónimo <sup>1</sup>.)

¡Mala la visteis, franceses <sup>2</sup>,  
La caza de Roncesvalles!  
Don Carlos perdió la honra,  
Murieron los doce Pares,  
Cativaron á Guarinos  
Almirante de las mares:  
Los siete reyes de moros  
Fuéron en su cativare.  
Siete veces echan suertes  
Cuál d'ellos lo ha de llevar;  
Todas siete le cupieron  
A Marlotes el infante.  
Mas lo preciara Marlotes  
Que Arabia con su ciudade.  
Dicele d'esta manera,  
Y empezóle de hablare:  
—Por Alá te ruego, Guarinos,  
Moro te quieras tornar;  
De los bienes d'este mundo  
Yo te quiero dar asaz.  
De dos hijas que yo tengo  
Yo te las queria dare,  
La una para el vestir,  
Para vestir y calzare  
La otra para tu mujer,  
Tu mujer la naturale.  
Darte he en arras y dote  
Arabia con su ciudade;  
Si mas quisieres, Guarinos,



Mucho mas te quiero dare.—  
Allí hablara Guarinos,  
Bien oiréis lo que dirá:  
—¡No lo mande Dios del cielo  
Ni Santa María su Madre,  
Que deje la fe de Cristo  
Por la de Mahoma tomar,  
Que esposa tengo en Francia,  
Con ella entiendo casar!—  
Marlotes con gran enojo  
En cárceles lo manda echar;  
Con esposas á las manos  
Porque pierda el pelear;  
El agua hasta la cinta  
Porque pierda el cabalgar;  
Siete quintales de fierro  
Desde el hombro al calcañar.  
En tres fiestas que hay en el año  
Le mandaba justiciar;  
La una Pascua de Mayo,  
La otra por Navidad,  
La otra Pascua de Flores,  
Esta fiesta general.  
Vanse dias, vienen dias,  
Venido era el de Sant Juan,  
Donde cristianos y moros  
Hacen gran solemnidad.  
Los cristianos echan juncia,  
Y los moros arrayan;  
Los judios echan neas  
Por la fiesta mas honrar.  
Marlotes con alegría  
Un tablado mandó armar,  
Ni mas chico ni mas grande,  
Que al cielo quiere llegar.  
Los moros con alegría  
Empiezan de le tirar:  
Tira el uno, tira el otro,  
No llegan á la metad.  
Marlotes con enoña  
Un pregon mandara dar,  
Que los chicos no mamasen,  
Ni los grandes coman pan,  
Hasta que aquel tablado  
En tierra haya de estar.  
Oyó el estruendo Guarinos  
En las cárceles do está:  
—¡Oh válasme Dios del cielo  
Y Santa María su Madre!  
O casan hija del Rey,  
O la quieren desposar,  
O era venido el día  
Que me quieren justiciar.—  
Oídolo ha el carcelero  
Que cerca se fué á hallar:  
—No casan hija de Rey,  
Ni la quieren desposar,  
Ni es venida la Pascua  
Que te suelen azotar;  
Mas era venido un día,  
El cual llaman de Sant Juan,  
Cuándo los que están contentos  
Con placer comen su pan.  
Marlotes de gran placer  
Un tablado mandó armar;  
El altura que tenía  
Al cielo quiere llegar.  
Hanle tirado los moros,  
No le pueden derribar;  
Marlotes de enojado  
Un pregon mandara dar,  
Que ninguno no comiese  
Hasta habello derribar.—  
Allí respondió Guarinos,  
Bien oiréis qué fué á hablar  
—Si vos me dais mi caballo,  
En que solia cabalgar,  
Y me diésedes mis armas,  
Las que yo solia armar,

Y me diésedes mi lanza,  
La que solia llevar,  
Aquellos tablados altos  
Yo los entiendo derribar,  
Y si no los derribase  
Que me mandasen matar.—  
El carcelero qu'esto oyera  
Comenzó de hablar:  
—¡Siete años habia, siete  
Que estás en este lugar,  
Que no siento hombre del mundo  
Que un año pudiese estar,  
Y aun dices que tienes fuerzas  
Para el tablado derribar!  
Mas espera tú, Guarinos,  
Que yo lo iré á contar  
A Marlotes el infante  
Por ver lo que me dirá.—  
Ya se parte el carcelero,  
Ya se parte, ya se va;  
Siendo cerca del tablado  
A Marlotes hablado ha:  
—Una nueva vos traia,  
Querásmela escuchar:  
Sabed que aquel prisionero  
Aquesto dicho me ha:  
Que si le diesen su caballo,  
El que solia cabalgar,  
Y le diesen las sus armas,  
Que él se solia armar,  
Que aquestos tablados altos  
El los entiendo derribar.—  
Marlotes de qu'esto oyera  
De allí lo mandó sacar;  
Por mirar si en caballo  
El podría cabalgar,  
Mandó buscar su caballo,  
Y mandáraselo dar,  
Que siete años son pasados  
Que andaba llevando cal.  
Armáronlo de sus armas,  
Que bien mohosas están.  
Marlotes desque lo vido  
Con reir y con burlar  
Dice que vaya al tablado  
Y lo quiera derribar.  
Guarinos con grande furia  
Un encuentro le fué á dar,  
Que mas de la mitad dél  
En el suelo lo fué á echar.  
Los moros de qu'esto vieron  
Todos le quieren matar;  
Guarinos como esforzado  
Comenzó de pelear  
Con los moros, que eran tantos,  
Que el sol querian quitar.  
Peleara de tal suerte  
Que él se hubo de soltar,  
Y se fuera á la su tierra  
A Francia la natural:  
Grandes honras le hicieron  
Cuándo le vieron llegar.

(Cancionero de Romances.—It. Aquí comienza un romance del conde Guarinos. Pliego suelto.)

<sup>1</sup> Los primeros versos de este romance han quedado como proverbiales, y son tan populares, que Depping los supone traducidos en ruso y cantados por los paisanos de Siberia. Por lo demás, toda la composición tiene el carácter de primitiva, y de ser de aquellas que conservó la tradición mas ó ménos alteradas.

<sup>2</sup> Entre los de Bernardo del Carpio, hay también algunos que tratan de esta batalla y de la muerte de Roldán con los doce Pares.

Mala la hubisteis, franceses,  
En esa de Roncesvalles.

Así pone estos dos versos Cervantes en la parte 2.<sup>a</sup>, cap. ix del *Quijote*. Sin duda se modernizó la lección del romance antiguo.

<sup>3</sup> Desde aquí es imitación ó modelo del episodio ó situa-

ción de una novela caballeresca del siglo xiv, en la cual Urgel Danes, fundador de la casa de Maguncia, fué preso y maltratado por Carlo-Magno, quien después de mucho tiempo, necesitando de él, le libró, y venció por su medio á sus enemigos. El noble y valiente caballo del paladin sufrió también la desgracia de su dueño; porque entregado á unos monjes, le de-

dicaron á sacar escorbros y estiércol, dándole poco de comer. En fin, ya libre Urgel, y no hallando caballo que pudiese sostener sus gigantescos miembros, se acordaron de que existía el suyo, y le sacaron de su purgatorio, tornando con pavor á todos, á pesar de su flaqueza y laceria, á servir á su amo.

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS CUYOS ASUNTOS ESTAN TOMADOS DE NOVELAS Ó DE POEMAS ITALIANOS.

403.

CERVINO MORIBUNDO.  
(Anónimo<sup>1</sup>.)

Muerte, si te das tal priesa  
En llevarme á mi Cervino  
Por dar á entender al mundo  
Tu supremo poderío,  
¡No has buscado buen ejemplo,  
Pues queda en su fama vivo,  
Donde tu fiera guadaña  
Probará en vano sus filos!  
Y si pretendes mostrar  
Que es amor, cual dicen, niño,  
Y que el deshacer sus obras  
Pende de solo tu arbitrio,  
¡Mira que en las almas mora,  
Y estas tú no las has visto!  
Si piensas que ha de quedar  
La que me queda conmigo,  
Seguiréle al alto cielo,  
Seguiréle al hondo abismo,  
Y hará iguales nuestras vidas  
Esta mano y un cuchillo;  
Que si propuse morir  
Por guardar mi cuerpo limpio,  
Cuándo le quiso violar  
El infame vizcaíno,  
No con ménos voluntad  
Que por la mar le he seguido  
Le seguiré por las aguas  
Del horrible lago Stigio.—  
Cervin recogió el aliento  
En los labios casi frios,  
Y apenas la voz formando  
Estas palabras le dijo:  
—¡Oh castísima Isabela  
En cuya viudez confío  
Hacer mayor resistencia,  
Que con mi fama al olvido!  
Mas precioso es el dolor  
Que cabe dentro del juicio,  
Que el que sus límites rompe  
Y llega á ser desvario.  
Vivid, señora, vivid  
Lo que Dios fuere servido,  
Y no muera yo dos veces,  
Si en vos, como decís, vivo.  
Reserváos para suplir  
Las faltas que yo he tenido,  
Y no dejéis á otras manos  
Este religioso oficio.  
No pido yo sepultura,  
Que escurezca las de Egipto  
Para mis huesos, que presto  
Serán polvos, y no míos;  
Un templo para mi nombre  
Dentro en vuestro pecho pido,  
Y no se diga: *aquí yace*,  
Sino: *aquí vive Cervino*.

(Romancero general.)

<sup>1</sup> Asunto tomado de uno de los mas tiernos episodios del *Orlando furioso* de Ariosto.

404.

OLIMPIA Y VIRENO.—I.  
(Anónimo<sup>1</sup>.)

De su querido Vireno  
Ingratamente olvidada  
La bella Olimpia se queja  
Con mil suspiros del alma:  
Y viendo cómo se parte  
Rompiendo las raudas aguas,  
A vueltas de los suspiros  
Le dijo aquestas palabras:  
—¡Aguarda, dulce enemigo!  
¡No te apures, aguarda!  
¡Oye una mujer, si quiera  
Por ser mujer, que esto basta!  
¡Qué te he hecho que me a borreces?  
Si es porque mi pecho te ama,  
No tienes razon en eso,  
Que amor con amor se paga.  
Pero ya que no me quieres,  
Escucha mis tristes ansias;  
¡Mas, mal escucharme puede  
Una piedra dura, helada!  
Oye mis quejas, que al cielo  
Y aqueste universal mapa  
Pongo por fieles testigos  
Para defender mi causa;  
Mas ya que te muestras sordo,  
Ellos oirán mis desgracias,  
Si ya no están conjurados  
Contra mí, á quien mas no falta.  
Sol, que desde el cuarto mobile  
Muestras alegre tu cara  
Alumbrando el orbe todo  
Y haciendo crecer sus plantas;  
Luna, que á la noche oscura  
Con tus rayos vuelves clara;  
Estrellas, que todo el cielo  
Bordais de flores de plata;  
Tierra, de los hombres madre,  
De las mujeres madrastra,  
Que no es mucho pues las crias  
Tan tristes y desgraciadas:  
Cielos, estrellas, sol, luna,  
Elementos, piedras, plantas,  
Rios, vientos, prados, flores,  
Con las mas cosas criadas,  
«Mirad una desdichada  
»Que ama aborrecida ¡ay tal desgracia!  
»Veréis, si me mirais, en mí un retrato  
»De una mujer que adora un hombre ingrato.»  
Mujeres, que ya en el mundo  
Lograis vuestras esperanzas  
Casadas con gusto vuestro,  
Y no como yo casadas;  
Viudas, que el marido muerto,  
Gozáis de libertad tanta,  
Aguardando ya otras bodas  
Por dejar las tocas largas;  
Doncellas, que sois servidas  
De mil galaes que os aman,  
Pasando la juventud